

Crónica novelada de un censo de milanos reales y una detención, perdón, retención.

Se extinguía la tarde y la noche se iba apropiando de su espacio, negramente. Los milanos parecían dispuestos a amargarme otra tarde, como ya lo habían hecho la tarde anterior, y continuaban con sus revuelos y sus cicleos por cualquier parte del horizonte. Creo que no lo pone, pero en las instrucciones del censo debería decir que las aves deben incorporarse a sus dormideros de forma pausada y ordenada para que puedan ser contados por los observadores. En cualquier caso sospecho que los milanos no leen las instrucciones...

A última hora, cuando los pueblos habían ya iluminado sus calles, un buen grupo se fue juntando en los chopos más próximos al vertedero, Centro de Tratamiento de Residuos Urbanos según la ortodoxia biensonante, y allí aposté el coche de medio lado en los escasos tres metros de la entrada de una pieza sembrada de cereal. Un goteo continuo de milanos salía de la penumbra para asirse a las ramas de la parte más alta de un grupo de chopos hasta llegar a los 70 u 80 ejemplares, y pensé que esta iba a ser la definitiva. Aquella posición me permitía contar aquel grupo de milanos, el más numeroso, y salir del vehículo a la carretera para observar los otros grupos arroyo abajo sin espantar a las aves. Sin embargo, una vez más la alegría no duró mucho y en un nuevo revuelo la mayor parte de aquel grupo se levantó y era complicado distinguirlos en la nocturnidad de los campos. Todavía aguanté unos minutos más hasta que me pareció que se daba el último punto de equilibrio entre “poder contar los milanos con la última luz” y “ya estamos todos o casi todos posados” En ese momento arranqué el coche y empecé a recorrer en paralelo la larga hilera de chopos donde las aves se aprestaban a pasar la noche en varios grupos, Uno, dos, cuatro, diez, unos 24 aquí. Diez, diez, ocho, total, unos 35. Total al llegar al cruce, unos 120, diez arriba, diez abajo. Me fui para las huertas, pasé delante del otro grupo de milanos sin que se levantaran y permitiendo que los más rezagados siguieran buscando su sitio en la parte alta de las ramas, giré por el camino de la izquierda y paré el coche al ralenti junto a una casa. Desde ahí apenas se veía la posición en la que aterrizaban los milanos y por ello salí del coche y me escondí detrás de la cancela de una de las casas. Ya de noche la única posibilidad de contar los milanos era contra la luz que salía del pueblo de Labiano. Unos quince en este árbol, cuatro, ocho, diez, veinticinco en el otro y alguno más todavía en vuelo... bueno, suman unos cincuenta.

Se ha hecho demasiado tarde, me subo al coche todavía en marcha, meto la marcha atrás y giro para salir por el mismo camino por el que llegué. Como es de noche prefiero no guardar los bártulos, es decir, el telescopio, la cámara y los prismáticos no vaya a ser que algo se pierda. Al pasar por delante del dormidero trato de hacer otro conteo pero es imposible: ya no se ve nada.

Llego a la carretera principal del Valle de Aranguren y hago el stop. Con la conciencia algo intranquila por no tener un número totalmente preciso de la cantidad de aves y de haber perdido demasiado tiempo pongo dirección a Pamplona. Ya he comentado en alguna otra crónica que soy un perfeccionista enfermizo y cualquier cosa que no sea casi perfecta me molesta, más o mucho.

No sabría decir si cien o quinientos metros más tarde, de repente, como empiezan los fuegos artificiales en sanfermines, de la negrura de la noche salió un coche patrulla con todas las luces azules y rojas posibles destellando. Primero pensé que era un mal sueño o una película

americana de las noches. Después, que aquellos policías tenían prisa por ir a alguna parte donde se estaría cometiendo algún delito o algún crimen. Aminoré la velocidad, me hice a un lado y marqué para cederles el paso. Sin embargo, lejos de superarme daban las largas, encendieron más luces rojas y azules, si esto era posible, y finalmente, pusieron la sirena a todo volumen. Estaba claro, iban a por mí. ¡Querían que yo me detuviera! Mientras buscaba el primer sitio para orillarme pensé qué había hecho. ¿Realmente había hecho el stop del todo, todo? ¿Iba muy rápido? No podía ser, acababa de tomar la carretera... ¡Dios mío! ¿Cuántos puntos son por saltarse un stop? Seguramente, dos o tres, ¿o más? Ya me fastidiaría perder puntos de mis "todos" puntos. Creo que eran 12, pero a los buenos nos echaron en unos reyes 2 más, ¿no?

Finalmente, encontré un hueco que permitía cruzar el carril para las bicis y salí de la carretera maldiciendo para mis adentros y lamentando mi mala suerte. ¡Y todo por contar milanos! ¿Habrían sido capaces de esperar a alguien saliendo de ese carretil del que solo salen dos personas cada hora? Detuve el coche y esperé lo que me parecieron 3 ó 4 segundos hasta comprobar que los policías no se acercaban. Luego, me liberé del complejo de haber viajado en Estados Unidos donde esto es lo que se supone que hay que hacer, porque si sales del coche te encañonan y te puedes buscar un problema mayor, abrí la puerta y me dirigí hacia atrás al encuentro de aquellas sombras rojas y negras. Esta vez sí, como en una película americana, tres agentes rojos y negros salían del vehículo patrulla apresurados, me apuntaban a mí y al coche con linternas, e inspeccionaban el interior del coche con las mismas bien en alto y apuntando hacia abajo en una escena que se me antojaba algo teatral. Estaba asustado, ¿qué pasaba?

El que parecía el jefe se dirigió a mí con autoridad

- ¿Qué ha estado haciendo durante la última hora? Nos han llamado porque su vehículo ha estado estacionado una hora en las proximidades del vertedero en actitud sospechosa.

Quise contestar, pero sin darme tiempo a explicarme continuó el interrogatorio.

- ¿Por qué ha tardado tanto en detenerse? Me dijo cada vez en un tono más acusatorio.
- Asustado, mirándome los prismáticos que aún llevaba colgando, apenas acerté a explicar lo que para mí era obvio: estamos haciendo un censo de milanos, contamos los milanos de la zona, lo hacemos todos los años. El Guarderío también colabora en este censo, concluí. Me pareció que eso de que una institución oficial colaborara en el proyecto afianzaba mi posición, ¿mi coartada?

Uno de los agentes miraba ya el vehículo por dentro y por fuera - aquí hay una cámara -.

- No podía parar el coche antes porque estaba el bordillo del carril bici, concluí mi explicación.

Y como ciudadano respetuoso, pensé, ustedes deberían entender que no iba a pararme en mitad de la carretera generando un peligro para el tráfico.

Pensándolo mejor, algo más tarde, el hecho de que saliera del coche bien entrada la noche con el anorak puesto, atemorizado, con un buff al cuello, barro en las botas, los prismáticos colgando, que hubiera una cámara con un teleobjetivo inusualmente grande en el asiento del copiloto y que encima tratara de convencerles de que estaba solo y contando aves, milanos reales, ¿de noche? no sé si me liberaba de culpabilidad o me hacía todavía más sospechoso. ¿Sabrían aquellos agentes qué eran los milanos reales? ¿Sabrían que se cuentan al atardecer y que aquella zona era un lugar importante para la especie? Si no lo sabían, ¿podrían creerse semejante historia? ¡Seguramente no!

- ¿Dónde está el otro? Nos han dicho que había dos – dijo el agente, el que parecía de mayor graduación.
- No hay nadie más. Hoy estoy yo solo. Ayer estábamos tres, pero hoy estoy yo solo, dije categórico.
- Soy de la Sociedad Gorosti y de la Sociedad Española de Ornitología, se me ocurrió a continuación.
- Se producen muchos robos en las huertas y por eso nos han avisado. Su documentación y la documentación del vehículo, por favor.

Si ya les he explicado lo que estoy haciendo y no tienen ningún indicio o sospecha de criminalidad contra mí, ¿por qué tienen que identificarme a mí, ¡y a mí vehículo!? Pensé.

- ¿Qué documentación necesitan?
- El permiso de conducir y el DNI. Y el permiso de circulación del coche. No se preocupe, comprobamos su documentación y puede irse.

El cajetín ese de debajo del parabrisas es un desorden permanente y pensé que me costaría encontrar la documentación del vehículo. ¡A saber dónde la había dejado la última vez! Pero no, enseguida se hizo visible y el agente que me acompañó la señaló con su dedo para que la sacara. Se la entregamos al que parecía el jefe que se fue con ella al vehículo patrulla y empezó a hacer llamadas en una actitud muy profesional. Me relajé e inicié una conversación mitad queja, mitad complicidad para rebajar la tensión.

- Siempre igual, aquí uno es culpable hasta que no demuestra lo contrario.
- No se puede salir al campo a ver pájaros porque te denuncian y encima te detiene la policía. Esto se está convirtiendo en una actividad de riesgo, o presuntamente delictiva.
- No está usted detenido, está retenido.
- Perdón, te retienen.
- Antes las casas de los pueblos estaban abiertas y podías ir a una borda y dejar todo allí sin pensar que te lo iban a robar.
- Hay muchos robos en las huertas.

Las gestiones por teléfono se estaban alargando y aquella absurda conversación de circunstancias no daba para más: a ninguna de las dos partes nos importaba un carajo lo que decía la otra. Se hizo el silencio.

- ¿Usted conoce a Gonzalo?

Rompió la noche el agente que parecía más cercano y amigable, no sé si porque era el más bajito. A los otros dos había que mirarles hacia arriba, y creedme que yo no soy tan bajo, lo que acentuaba todavía más la sensación de inferioridad. Tuve un sobresalto. ¡Conocen a Gonzalo! ¡Lo habrán detenido alguna vez! ¿Lo tendrán detenido ahora mismo y todo esto es una farsa? Procuré mantenerme imperturbable y con la mayor frialdad que pude acopiar respondí.

- ¿Qué Gonzalo?

Teniendo en cuenta que mi hijo se llama precisamente Gonzalo y que eso no es tan habitual en jóvenes de su edad, mi frialdad y mi respuesta debieron rayar en lo patético. Particularmente, en mitad de la noche, y con un coche patrulla apuntándome todas sus luces.

- Gonzalo Deán, contestó en menos de una centésima de segundo. He visto la 7D en el asiento.
- Claro, la 7D es la suya, no tenemos más que una.

Estaba claro que aquel tipo conocía a mi hijo, y seguramente también sabía quién era yo. Decidí no seguir con aquella conversación que solo podía complicarme más las cosas y apliqué el principio de precaución o, en lenguaje popular, el dicho de que “en boca cerrada no entran moscas” Para los no iniciados debo explicar que la 7D no es ningún modelo de recortada sino de cámara de fotos.

Finalmente, el agente del vehículo terminó su conversación telefónica y se reincorporó al grupo, me devolvió los documentos, que yo guardé lo más rápido posible, me dijo que estaba todo bien, y que no había problema. Podía irme. El mismo agente que me había acompañado a recoger el permiso de circulación me acompañaba, ahora, para guardarlo: era el que conocía a Gonzalo. Me quedaba el gusanillo de saber quién era, pero obviamente no podía preguntarle el nombre porque no me lo diría.

- ¿De qué conoces a Gonzalo?
- De los scouts.
- ¡Ya está!, 7D, policía foral, scouts. Con estas 3 palabras clave Gon me dice enseguida quién es este joven y de qué lo conoce y así me quedo más tranquilo, aunque solo la palabra scouts ya me había dado la suficiente confianza.
- ¿Cómo hacemos para salir? Se pregunto a sí mismo el que parecía el jefe.
- Le doy para atrás y salgo por el mismo sitio, ¿no? Dije yo.
- Vale, nosotros ponemos el vehículo para detener la circulación. Puede irse, buenas noches.

Me subí al coche, lo arranqué, metí la marcha-atrás. No se veía un carajo con todas esas luces puestas, no podía ver donde acababa y donde empezaba el bordillo del carril bici. ¡A qué me subo! Acerté a la primera. ¡Libre! Me puedo ir. Aceleré poco a poco para que no pensarán que realmente quería irme o que estaba huyendo. Subí la cuesta del pueblo de Zolina. Bajaba ya cuando mis constantes vitales volvían a su normalidad y mi apuro se iba disolviendo en indignidad como la niebla se disolvía en la noche de los alrededores. Y

como la persona de orden, que creo ser, se iba transformado en un bolchevique libertario y ácrata ¡Por qué diantres alguien me había considerado sospechoso por estar en un coche observando milanos reales! Soy un ciudadano libre y honrado, ¿porqué sospechan de mí? ¿El personaje no me había visto con unos prismáticos y una cámara observando los milanos? ¿Será posible que no sepa que en ese sitio llevan años concentrándose decenas de milanos y que los contamos todos los años? ¿Qué podía robar yo, o qué tipo de delito podía cometer en los exiguos 3 metros del puentito que da acceso a una pieza de trigo recién sembrada? ¿Qué sospecha o indicio de delito había observado en mi actitud? Y finalmente, ¿por qué la policía le da crédito, y sin ningún indicio o sospecha de criminalidad o delito, me detiene, perdón, me retiene, como a un delincuente, y me identifica, a mí y a mí vehículo? Antes de llegar a casa pensé en enviar una carta a la Policía Foral y otra a la Mancomunidad, gestora del vertedero, para decirles que no me vale con que me identifiquen, me perdonen la vida y me dejen ir, ¡qué quiero una rectificación y unas excusas por escrito! Algo que seguramente nunca haré... ¡porque en el fondo soy una persona de orden!